

Libros del Asteroide



Jorge Freire

Los extrañados



Los extrañados

Libros del Asteroide

A*

Jorge Freire
Los extrañados

Libros del Asteroide

Primera edición, 2024

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Jorge Freire, 2024
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Rodney Smith
Fotografía del autor: © Pilar Martín Bravo

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.º L.^a
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-10178-16-8
Depósito legal: B. 16740-2024
Impreso por Liberdúplex
Impreso en España — Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Nadia Khalil, hogar y guarida

Libros del Asteroides

No he visto monstruo ni milagro
más patente que yo mismo.

MICHEL DE MONTAIGNE, *Ensayos*

Libros del Asteroide

Prólogo

Libros del Asteroide

De repente, un extraño

Así se tradujo al español un filme estadounidense de los años noventa. Un matrimonio compraba una casa y, con vistas a recabar ingresos extra, alquilaba la planta baja a un joven. Pero este, al poco de echar a andar la convivencia, sumía a la pareja en un auténtico infierno. El título original de la película era un parco *Pacific Heights*, nombre del exclusivo barrio de San Francisco en el que los protagonistas decidían asentarse, a despecho de que esos «altos pacíficos» iban a depararles de todo menos paz. La traducción castellana, creativa donde las haya, aportaba una intuición: lo extraño aparece en muchas ocasiones de forma súbita e imprevista.

En algún momento de nuestra vida, todos nos hemos sentido repentinamente ajenos y fuera de lugar —eso, y no otra cosa, significa *extraneare*—, a la manera de teclas que no encajaran en un mosaico; como si, de alguna forma, nuestro sitio verdadero estuviera muy lejos.

¿Quién no se ha sentido extraño en una reunión de antiguos alumnos? Nos juntamos con gente a la que no vemos desde hace muchos años. Nos cuesta reconocer a las personas con las que compartimos pupitre. ¿Aca-

so los amigos de la infancia tienen más que ver con la infancia que con la amistad?

Extrañado se siente quien acude a un museo y, de pie frente a obras que rebasan su comprensión, percibe que ha dejado de entender el mundo que le rodea. Y quien, estando de vacaciones en un país extranjero, trata de comunicarse con gestos y palabras sueltas sin conseguirlo. Tan extrañados son el adulto que acude a una fiesta en la que no conoce a nadie como la adolescente que no se ajusta a su entorno: a ambos les sucede como al Childe Harold de Byron, que «iba con ellos pero no era uno de ellos»...

Como Pascal, me opongo a los que ensalzan la naturaleza humana, me opongo a los que la desprecian y me opongo a los que se la toman a broma. No hay mejor forma de comprender al extrañado que dejar de extrañarnos, suspendiendo por un momento nuestra incredulidad. De lo contrario, ¿cómo explicar que P. G. Wodehouse, personaje quintaesencial de la cultura británica, se convirtiera en un apestado en su propio país y tuviera que exiliarse? ¿O que el poeta Bergamín, madrileño de raíces malagueñas y españolazo hasta las cachas, se mudara al País Vasco y se hiciera *abertzale* en medio de los años de plomo? Intrincada es la lógica del extrañamiento. ¿No es inverosímil que Vicente Blasco Ibáñez, después de convertirse en el escritor español más exitoso de la historia, solo consiguiera reconciliarse con su patria estando fuera de ella? ¿O que Edith Wharton, en vez de huir de una casa gobernada por un marido voltario y peligroso, decidiera emprender una

suerte de exilio doméstico y erigiese un fortín y una tro-
nera donde había una cárcel?

Los cuatro fueron escritores y en algún momento de su vida blandieron la pluma para esclarecer su condición. Vidas a la intemperie, no siempre ejemplares, a la busca de refugio en tiempos extraños. Confío en que estos cuatro personajes no resulten demasiado extraños al lector y que, valga la paradoja, logre extrañarlos de alguna forma. Porque el extrañamiento no es la vestimenta del ser estrafalario o del histrión, sino la entraña profunda de quien, no encajando en sitio alguno, se encomienda la tarea de convivir con el extraño que hay en su interior.

Chesterton decía que a cada época la termina salvando un pelotón de seres inactuales. Nietzsche los llamaba intempestivos. Son expresiones que, aún siendo sugerentes, corren el riesgo de resultar equívocas. Hay personas intempestivas que orientan sus bajeles hacia destinos tan fascinantes como la Atlántida o el triángulo de las Bermudas. Y también hay personas inactuales que viven incardinadas en su tiempo y se preguntan cómo han llegado hasta ahí, sin por ello caer en el fetichismo de la nostalgia.

Si Wodehouse, Bergamín, Blasco y Wharton fueron inactuales e intempestivos es, probablemente, porque la conciencia del desarraigo y el descuajamiento les obligó a ello. Para unos maldición abrahámica y para otros, más mundanos, rasgo de personalidad, el extrañamiento es la mancha en la frente de quien nunca halla un sustrato firme en que asentarse. Como la marca de Caín, obliga a quien la porta a errar indefinidamente, incluso cuando los pies se le agrietan y las reservas de ánimo

escasean. Hay quien lleva su marca como un estigma invisible, solo apreciable al roce de la piel, y quien la lleva como un letrero luminoso. Pero la aparición del extrañado, por mucha discreción con que se conduzca, es siempre intempestiva, como si se acompañara de una masa de aire inestable, saturada, como esas que según los meteorólogos son propicias para la formación de nieblas densas y persistentes.

Abundan las falsas conciencias que toman por bueno lo que les dicta el entendimiento, siempre y cuando se sientan integradas en el meollo de la sociedad. Los prisioneros que habitan el interior de la caverna disfrutan de una existencia uterina y plácida. Uno puede vivir alienado toda su vida y no por ello sentirse extrañado. Hasta el padre del socialismo científico dejó dicho que la alienación más célebre, esto es, la obrera, no era una circunstancia que la clase trabajadora tomase como algo extraño, al punto de que asumía su servidumbre con naturalidad, como el esclavo que no advierte sus cadenas. Ninguna de las personas que en este libro comparecen fueron individuos alienados, sino precisamente individuos conscientes, aunque en algunos casos terminaran ensimismándose, cayendo en la introspección y el campanilismo. El extrañamiento puede acabar siendo una enfermedad mortal.

Los antiguos romanos daban mucha importancia a las aves raras. El mirlo blanco que, en medio de los cantos matutinos, asombra con su plumaje de alabastro a los mirlos comunes, que se miran entre sí preguntándose quién ha convocado una fiesta de disfraces. El cuervo

blanco que provoca los graznidos del resto de córvidos. O el famoso cisne negro. Pero ninguna de estas *rara avis* nos resulta tan cercana como el patito feo. Dicen las lecturas facilonas que el cuento popular habla de la importancia de asumir que la belleza está en el interior y de aceptar las diferencias. Nada de eso. Para quien luce imponentes plumones y un cuello largo y estilizado, la belleza está sin duda a la vista; en cuanto a aceptar las diferencias, mejor sería empezar por reconocer que el protagonista no es un pato diferente, sino un cisne cuyo huevo cayó por error en el corral de los patos, quedando en el nido equivocado. ¡Un cínido entre anátidos! De pequeños, los patitos son rápidos, redondos y esponjosos, mientras que él es lento y torpe. Pero, ay, al hacerse mayores las cosas cambian y el protagonista, con su reluciente plumaje, sus patas gráciles y su porte distinguido, convierte a sus hermanastros en atolondrados botarates.

Sospecho que la fábula sigue interpeándonos porque alude a una posibilidad real: en cualquier momento podemos mirar al espejo y descubrir los rasgos adventicios de un extraño.

Siempre que leo ese cuento a mi hija, que tiene dos años, me fijo en las dificultades que pasan los ilustradores para representar al patito feo. Al fin y al cabo, ¿es posible imaginar una cría de animal, del sorce al pollino, que no embelese por su derroche de gracia y ternura? Acaso los cuatro protagonistas de este libro, que pasaron por la tierra dando tumbos de pato mareado, terminen mudando de patito feo en regio cisne, borrando de un plumazo —y nunca mejor dicho— los apelativos con que los habían motejado. Bueno es que los cuentos terminen bien.